Apuntes sobre la disputa hegemónica en América Latina

Introducción

En este primer capítulo, nos dedicaremos a proponer y fundamentar el enfoque desde el cual esta cátedra y grupo de investigación aborda el análisis de la política latinoamericana. Esta perspectiva, adoptada desde el principio del dictado de la materia, recupera los aportes del pensador Antonio Gramsci en relación a la noción de *disputa hegemónica* para la interpretación de la historia reciente de América Latina y su actualidad. El comportamiento de los actores en los diversos escenarios locales, los proyectos político-económicos, las formas de sociedad en las que se encuentran y las que buscan modelar; todos esos aspectos exhibieron un gran dinamismo en los últimos 50 años y en el presente, en el cual siguen ocurriendo transformaciones cuya comprensión puede hacerse desde esta mirada que integra aspectos estructurales y coyunturales.

Esos movimientos, percibidos bajo la forma de *oleadas* (García Linera, año), de *giros* de los gobiernos hacia la izquierda o hacia la derecha del espectro político, así como su cristalización en *grietas* y/o polarizaciones de la opinión pública, antagonismos ideológicos en los discursos sobre el Estado, el mercado, las políticas públicas; evidencian una dinámica particular de lucha por el sentido común y por orientar el rumbo de la construcción social, política, económica y cultural. No sólo en las instancias electorales clave de los países de la región emergen coaliciones que expresan esa contienda en todos los planos, sino que cotidianamente tiene lugar el intento de las distintas alianzas por alterar la correlación de fuerzas en todos ellos, a veces estallando en ocasiones críticas como ciclos de protesta, operaciones judiciales "anticorrupción", juicios políticos, crisis económicas. Más allá de la diversidad de voces que puedan existir, la disputa por ocupar una posición dominante, termina por ocurrir entre dos grupos, dos modelos, proyectos, que en cada país toman características locales, sin dejar de compartir tendencias regionales.

El objetivo de este artículo, por ende, consiste en presentar el conjunto de elementos conceptuales utilizados, constantemente contrastados con las desafiantes circunstancias de la región, para lograr una comprensión general e integral de la política latinoamericana. Cabe aclarar que éstos no son incompatibles con otros andamiajes teóricos de la ciencia política ni de las ciencias sociales en general, de hecho, éstos operan como herramientas y recursos auxiliares. Ante el alcance particular o intermedio de los aportes institucionalistas,

conductuales y racionalistas, la perspectiva gramsciana se posiciona en un nivel de análisis histórico, transversal y sociológico-político, en el cual los objetos de estudio característicos de esas teorías – sistemas electorales, partidos políticos, estabilidad del régimen, comportamiento de los votantes– son componentes de los *bloques históricos* bajo análisis y expresiones concretas de esa disputa por la dirección de la sociedad latinoamericana en todos sus campos.

De manera preliminar, vamos a compartir las propuestas de análisis de otras corrientes que estudian la política latinoamericana, para después dar lugar a nuestros interrogantes. Así, pasaremos a repasar algunos de los principales conceptos de Antonio Gramsci, quién fuera el fundador de la perspectiva adoptada; observando también su acogida en el debate intelectual latinoamericano.

Luego, daremos inicio a un breve recorrido por los procesos contemporáneos de la región poniendo en juego tanto la teoría original como sus adaptaciones locales, lo que nos permitirá presentar las principales líneas de la materia que se desarrollarán específicamente a lo largo del libro. Esto es, la caracterización e interpretación de la coyuntura latinoamericana a partir de las siguientes coordenadas:

- La evaluación de las transformaciones geopolíticas, económicas, políticas, y sociales que comienzan a gestarse a fines de los 70' y se consolidan en los 90', cuando se conforma una nueva hegemonía en los países del capitalismo central y en la periferia.
- La implementación de las políticas de reforma estructural producida en los 90' a través de la "cooptación" de los partidos tradicionales y de origen popular en virtud de esta nueva hegemonía que implicó a la larga una crisis de representación.
- Los distintos escenarios y formas de resolución de esta crisis de representación, algunos/as de las cuales lograron condensar los procesos de resistencia y proyectarse como procesos contrahegemónicos que llegaron al gobierno en varios países de la región.
- El intento de construir un nuevo *bloque histórico* a partir de la singularidad de cada caso, que, en cada uno, tuvo un momento de avance y luego un amesetamiento o retroceso, de la mano de las nuevas condiciones políticas que se fueron configurando hacia 2013.

- La ruptura de los procesos de integración, el desgaste de figuras y/o coaliciones protagonistas, el ataque por distintas vías a estos incipientes sujetos populares, en algunos casos a través de procesos autoritarios; fenómenos en parte acelerados por el deterioro de las condiciones macroeconómicas, la llegada de Trump al gobierno de EE.UU y la reconfiguración de los espacios políticos opositores.
- Las dos búsquedas actuales, por un lado, de recomposición de la matriz hegemónica neoliberal frente a la inestabilidad de sus formas de representación política, por otro, de reelaboración de iniciativas de los proyectos populares-progresistas en las nuevas condiciones político-económicas, entre ellas, tras los ciclos de movilización ocurridos en varios países.

Como puede deducirse de esa descripción, la hipótesis que hemos sometido a contraste a lo largo del análisis de los últimos procesos políticos regionales es la de un *empate hegemónico* (Portantiero, 1977). Nos preguntamos si ese vaivén entre gobiernos marcadamente neoliberales y los nacional-populares o progresistas esboza dos proyectos en pugna que, con similares dimensiones y recursos, no logran erigirse como dominantes. Los intentos de ambas partes de modificar esa correlación de fuerzas y avanzar en la construcción del poder provocaron ciclos, con sus momentos de auge, apogeo y decadencia. En este trabajo específico, adelantamos que más que un empate, aparente en tanto y en cuanto sólo se mire lo "cuantitativo" (resultados electorales, cantidad de bancas obtenidas, leyes propuestas y sancionadas…), permanece, aunque en crisis desde principios de siglo, la hegemonía del capitalismo neoliberal en su versión local. El punto está en que, a pesar del consenso y la subjetividad que consiguió moldear, se halla permanentemente bajo el ojo de la crítica y, así, nuevamente, se vislumbran intentos de socavarla.

Otros enfoques de política latinoamericana

La historia contemporánea de los países de América Latina ha sido en general turbulenta, violenta, marcada por quiebres institucionales, golpes de Estado cívico y/o militares, gobiernos autoritarios o democracias débiles y restringidas, polarización ideológica, surgimiento de líderes populares disruptivos. Más allá de las especificidades que estos hechos comportaron en cada lugar, la gran mayoría ha atravesado altos niveles de incertidumbre y conflictividad que amenazaron el normal desenvolvimiento de las gestiones gubernamentales.

Con ese marco, muchos trabajos – hoy ya clásicos– de ciencia política han optado por las instituciones como principal objeto de estudio, especialmente, el régimen político. Su carácter democrático o autoritario, el diseño de los sistemas electorales, las características del sistema de partidos, la estabilidad o inestabilidad de los regímenes presidencialistas. En clave comparativa, ha predominado y aún lo hace, esta mirada en la cual las variables explicativas de los hechos mencionados están en las formas institucionales, o mejor dicho, en cómo éstas interactúan con los *clivajes* (Lipset y Rokkan, año), los conflictos constitutivos y su canalización en cada nuevo escenario político, las características socioeconómicas y culturales. Para ilustrar este abordaje, vamos a echar un vistazo a algunas cátedras y grupos de estudio de la universidad a la cual pertenecemos.

Por ejemplo, ciertas corrientes de *Política Latinoamericana*, se focalizan en los problemas de la instauración, la estabilidad y el cambio de los regímenes de la región, atendiendo a sus procedimientos, reglas, actores intervinientes y el impacto de los demás aspectos económicos y políticos en ello., tanto nacionales como internacionales. Se orientan a "observar la evolución del conflicto y la cooperación privilegiando las dimensiones institucionales (tanto políticas como socioeconómicas) que promueven los distintos patrones de acción política."[1] De manera similar, las asignaturas de *Regímenes políticos en América Latina,* es la antinomia autoritarismo-democracia en la trayectoria de la región, además del análisis de los regímenes surgidos luego de la "tercera ola democratizadora" (Huntington, 1994) y los desafíos de la era actual. Ambas cátedras se valen de los reconocidos trabajos de Collier, Ruth & Collier, David (2002) sobre las dinámicas de regímenes en América Latina; la política de masas según Munck, G. (2002); la supervivencia y quiebre de las democracias según Juan Linz (1987; entre otros); el rol de los militares en los regímenes analizados por Rouquié, Alan (1988; 1989); los aportes fundamentales de Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático-autoritario y las transiciones democráticas (1982; 1985; más trabajos posteriores); las destacadas investigaciones de Mainwaring, Scott & Aníbal Pérez Liñán (2013 y 2014), juntos y en solitario, sobre el presidencialismo latinoamericano y su propensión a la estabilidad o inestabilidad; las de Levitsky, S. y sus diversos colaboradores (con Helmke, 2006; con Murillo, 2012 y 2020) sobre la institucionalidad formal e informal de las democracias; sólo por nombrar una parte de la bibliografía.

[1] Tomado del programa del 1er cuatrimestre 2022 de Zelaznik-Bavastro, Política Latinoamericana.

Por su parte, con un objeto de estudio más específico y combinando la bibliografía mencionada con un abanico variado de trabajos actuales, los politólogos Fraschini, M. y Tereschuk, N., orientan su cátedra al problema del liderazgo político en América Latina; concretamente, su grupo de investigación en los últimos años, al problema de la estabilidad e inestabilidad presidencial en Sudamérica. Según ellos, esta pregunta surge de la falta de sistematización en la disciplina del problema elegido, el cual cobró relevancia al vincularse a la crisis de representación – cuestión que hemos mencionado como parte de nuestro abordaje– tras las reformas estructurales de los '90. También los liderazgos de tipo populista o neopopulistas emergidos con esa crisis, que nosotros también analizamos, han sido problematizados en la producción académica de este equipo. Como lo explican ellos, el principal disparador han sido los "episodios de salidas anticipadas de distintos presidentes latinoamericanos por intermedio del instituto legal del juicio político, aunque el mismo no implicó la caída del propio régimen presidencial." Poniendo en cuestión las tesis de autores clásicos, argumentan que la inestabilidad estaba vinculada al presidente y la escasez o erosión de sus recursos de poder, y no en el sistema presidencialista como tal. En ese sentido, han analizado las performances de los/las presidentes de estos últimos 20 años, que asumieron pós crisis de representación y han colocado al "Estado como centro de la gestión política". Justamente, desde abajo y/o desde arriba, generaron recursos para consolidar su poder y estabilizar el funcionamiento del sistema, basando en ello su liderazgo y siendo el mismo impulso para reformar instituciones también.

¿Quién fue Gramsci? Breve recorrido por su obra y conceptos centrales

Antonio Gramsci (1891-1937) fue un militante e intelectual italiano que nació en Cerdeña y murió en prisión en Roma, encarcelado por el régimen fascista de Mussollini. Se reconoce a Gramsci como uno de los exponentes del "marxismo occidental" (Anderson, 1976), siendo aquella tradición que continuaba el periplo teórico-político fundado por Marx y Engels y llevada a la práctica por Lenin en la Revolución Rusa (1917). Esta tradición incorporó una nueva serie de reflexiones que no habían estado presentes en el momento inicial y que empezaron a hacerse presentes a partir de las nuevas condiciones que imponía el siglo XX. Principalmente, el "marxismo occidental" incorporó los estudios de las "superestructuras"; entendidas como aquellas expresiones (políticas, sociales, culturales) que estaban sujetas a la base económica, de acuerdo con la famosa metáfora arquitectónica presentada en el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859).

De acuerdo a Juan Carlos Portantiero (1977) la vida y obra de Gramsci puede dividirse en tres momentos. El primero, que abarca el tiempo de la "ofensiva" revolucionaria; propia de los años del "Bienio rojo" (1919-1920) y el segundo, el del "reflujo", que comprende el momento de la defensiva y la reflexión que impone la doble derrota en la lucha contra el fascismo y por la degradación de la influencia de la Internacional Comunista.

De esta última parte pertenece su obra más famosa, los *Cuadernos de la cárcel* (1975), escritos de manera dispersa y desorganizada y que fueron publicados de manera póstuma a partir de unas "ediciones temáticas" editadas por el militante comunista Palmiro Togliatti. Y fueron en los *Cuadernos* donde el militante sardo postuló gran parte de sus conceptos más conocidos que se estudian hoy en día.

Es pertinente señalar que los aportes teóricos de Gramsci que hoy abundan en la teórica social, la ciencia política "mainstream", las relaciones internacionales, etc., originalmente fueron pensados con un propósito político-militante antes de ser pasteurizadas por el academicismo vernáculo. En este sentido, hay que advertir que a diferencia de otras tradiciones sociológicas como la durkheimiana o weberiana, la teoría marxista no sólo ofrece una interpretación de la realidad social, sino que también se propone transformarla (tal como se señala en la famosa tesis de Feuerbach número XI). Esto debe tenerse en cuenta cuando se acude a la teoría marxista para el abordaje de la realidad social. Desde ese lugar de reflexión para la praxis es que nuestra cátedra opta por posicionarse: del conocimiento profundo y constante de las condiciones políticas de nuestra región que sirva de insumo para la acción.

Dicho esto, pasaremos a repasar los conceptos del autor que tomamos para esa labor. En primer lugar, *hegemonía*. Se la entiende originalmente como la capacidad de una clase o fracción de clase de consolidarse como dirigente por sobre el resto del conjunto de la sociedad. Para ello, es necesario tomar posesión del aparato estatal, como también, de las "trincheras" culturales (medios de comunicación, redes sociales, instituciones religiosas y educativas, *think tanks*, producciones artísticas…). Justamente, esa forma de poder se ejerce no sólo dentro de la sociedad política sino, y sobre todo, en la sociedad civil, en la que crea un "consenso" respecto a un determinado ordenamiento. Entender los mecanismos de la hegemonía es, según Gramsci, conocer *cómo domina la clase dominante.* Cabe aclarar que la hegemonía siempre es precaria y contingente, es decir, como constructo social, tiene tanto poder de coerción, de sujeción, como posibilidad de generar resistencia al mismo orden.

Por lo tanto, cuando hablamos de *disputa hegemónica* nos referimos a aquella que se libra entre los sectores “conservadores” (o dominantes) y los “progresistas” (o subalternos) por conseguir la capacidad de ser no sólo dominante sino también *dirigente* por sobre el resto de la sociedad en un momento histórico específico. Disputar la hegemonía es luchar por esa dirección de la sociedad en todos los aspectos.

Podríamos decir que la “foto” que se le saca a un conjunto social en un momento específico determinado representa un *bloque histórico*. Éste se constituye por una estructura económico-material y una superestructura ideológica, interrelacionadas para construir y sostener una hegemonía. Ambas son igual de importantes para ello, y, a diferencia del marxismo clásico, la posibilidad de socavarla no depende de que el principal sujeto oprimido sea quien, a través de la conciencia de clase, impulse una revolución. Tampoco la superestructura es un mero velo que encubre las relaciones de opresión del modo de producción. Pensarlo como un "bloque histórico" abre la posibilidad de que, así como en ambos planos (material y simbólico) hay actores que se esfuerzan por mantener un status quo, hay también espacios y sujetos capaces de cuestionarlo. En otras palabras, ya cuando hablamos de *hegemonía,* nos remitimos a un *bloque histórico* en tanto se trata, como hemos dicho, de una construcción social en ambos niveles, sujeta a una transformación constante.

Aunque haya este grado de interrelación en un *bloque histórico*, Gramsci advierte que a la hora de tomar esa "fotografía", suelen haber confusiones entre las causas mediatas e inmediatas de los conflictos o cuestiones sobresalientes. Es decir, a veces se sobreestima el triunfo en las urnas de una coalición política, una recesión económica, tomándolos como elementos relativos a lo estructural, cuando en realidad pueden responder a causales más bien situacionales, no necesariamente sistémicas. O, al contrario, se trata el déficit fiscal como un mero número a disminuir, o se subestima una protesta como una reacción espontánea de los ciudadanos a una problemática, hechos para los que las explicaciones directas y coyunturales no alcanzan, porque son algo así como "la punta del iceberg" de crisis internas del bloque histórico.

Dicho de otra forma, lo orgánico y lo ocasional están relacionados pero no son asimilables. Esto es fundamental a la hora de analizar cada escenario, especialmente los latinoamericanos, en los que lo mediato e inmediato están presentes siempre. ¿Cómo discernir esas condiciones en la lucha por el poder, elaborar estrategias de actuación, o al menos, describir las existentes? Dado que Gramsci complejiza y amplía la relación entre la estructura y las

superestructuras, serán las *correlaciones de fuerza* las que evidencien la puja entre los distintos sectores que hay en una sociedad. Esta visión permite identificar cuáles son los sectores más “progresistas” y cuáles son los más “conservadores” con los que pueden articular las distintas fuerzas que tienen una vocación hegemónica.

La pregunta que se va esbozando a lo largo de esta teorización es la de qué/quiénes podrían alterar esa correlación en favor de cambios. Gramsci utiliza el término "Príncipe moderno", para suponer un organismo, un elemento de sociedad complejo, desde el cual se comience a concretar una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. El autor piensa en el Partido Comunista el cual él contribuyó a fundar, pero en clave local, podríamos asociarlo a una coalición política como las que se formaron alrededor de líderes populistas y/o la alianza de movimientos sociales con partidos políticos luego de la crisis de representación mencionada.

Además, aparece en sus textos la "cuestión meridional": no sólo amplió el marco del análisis a otros actores que se disputan el poder en la sociedad, sino que también, llamó la atención sobre las distintas características particulares de cada territorio. A esta distinción geográfica, él la traslada al resto de Europa y más allá. Por ejemplo, en la región oriental, el Estado (sociedad política) lo era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa —lo que explicaba el éxito de la Revolución Rusa: bastó con ocupar el aparato estatal para llegar a una posición hegemónica. En cambio, en la región occidental, algo así sería insuficiente, ya que la sociedad civil implica una compleja red de instituciones formales e informales, que se fue articulando con el Estado. La relación entre éstos, atravesada por dinámicas de incorporación de actores, cooptación de referentes y espacios y cooperación en múltiples sentidos, demanda una “batalla cultural” de mayor envergadura.

Asimismo, cuando el militante sardo se trasladó al sector industrial de Turín, vió que los obreros fabriles del norte no se identificaban con los sectores campesinos del sur. Gramsci concluye que estos no sólo eran excluidos por no poseer los medios de producción, sino también, por su ubicación geográfica, formando parte de una “subalternidad de la subalternidad”. Este detalle que parece anecdótico es un concepto fundamental para interpretar la realidad latinoamericana. La hegemonía existente y la posibilidad de modificarla no están necesariamente vinculadas con la posesión de los medios de producción, tal como es pensado en el marxismo clásico, sino que también se incorpora en la disputa política se incorporan las dimensiones culturales, organizaciones y territoriales.

Consecuentemente, se desdibuja el clásico sujeto histórico que encarnaría la potencialidad revolucionaria (el proletariado) y se abriría el juego a que más actores sociales sean quienes critiquen el "sentido común" y encarnen una "voluntad nacional-popular".

En suma: los aportes de Gramsci son pertinentes para el análisis de los países latinoamericanos, donde se hicieron presentes las experiencias policlasistas y "nacional-populares", donde las clases dominantes se conformaron a partir de una alianza de sectores económicos distintos, locales y foráneos, donde sus estructuras económicas combinan formas arcaicas con otras industriales modernas, hay diferentes relaciones de propiedad entre las zonas rurales y urbanas y, principalmente, un marco de dependencia y desventaja respecto de la división internacional del trabajo. En fin, en una región en la cual es necesario mirar desde esas particularidades, la propuesta gramsciana resulta idónea por lo integral e histórica, permitiendo discernir, entender – y a partir de ahí actuar– en cada conjunto social correlaciones de fuerza, conflictos, crisis, que son estructurales y coyunturales al mismo tiempo.

Realizaremos, ahora, una somera recorrida por las formas de apropiación de estas ideas y sus derivas.

Gramsci en América Latina

La tradición de Gramsci en América Latina en general, pero en la Argentina en particular, viene principalmente de la mano de intelectuales del Partido Comunista. Héctor Agosti fue el primero en introducir al pensador sardo en la Argentina, incluso antes que en Estados Unidos. *Echeverría* (1951) fue el primer texto en que fue usado el concepto de "hegemonía" para describir el rol que cumplió la burguesía en el proceso de conformación nacional.

Más adelante, otro grupo de intelectuales que fueron expulsados del PC, y que se nuclearon en torno a la revista cordobesa *Pasado y Presente*, continuaron con la traducción y difusión de la obra gramsciana. Dentro del grupo *PyP* se destacaron las figuras de Jose María "Pancho" Aricó y Juan Carlos Portantiero, quienes, en el clima de época que imponía la Revolución Cubana, incorporaron al gramscismo elementos guevaristas y maoístas para la comprensión de la realidad latinoamericana.

Tras exiliarse durante la última dictadura cívico-militar en México, Aricó y Portantiero, continuaron con la difusión de las ideas gramscianas, siendo el libro *Los usos de Gramsci* (1977), publicado en el país azteca, un texto indispensable para el abordaje del pensador

italiano. Su sugerente título permite pensar los distintos "usos" de la teoría gramsciana, los cuales se podían adoptar a distintas circunstancias. De esa forma, para el retorno de la democracia en la Argentina, Aricó y Portantiero, se valieron del mismo autor que habían usado para conformar la "nueva izquierda" en los '60 y '70, para justificar su viraje a la socialdemocracia, ya ajeno a las posturas que atacaban a la democracia liberal.

En uno de los últimos libros de Aricó, que es una suerte de autobiografía, *La cola del diablo* (1988), se encuentra un capítulo titulado "¿Por qué Gramsci en América Latina?", en el cual Aricó señala el papel fundamental que Gramsci le otorgó a la concepción de la *nación*. Ésta debía ser un punto de partida para encabezar cualquier proyecto político que busque tener una pretensión hegemónica.

Recreando lo que fue la unificación nacional de Italia, que se dió de manera tardía a través de un proceso de dominación del norte hacia el sur, en América Latina, sus naciones nacieron a partir de la voluntad de sus élites políticas-económicas vinculadas con el mercado mundial, en el que vendían materias primas y les convenía consolidar su inserción. Así, las construcciones nacionales en el siglo XIX representaron la disputa por imponer un orden material y simbólico —"elitista y conservador"— por sobre otros posibles. Fue a través de un proceso histórico en el que se impuso una estructura económica determinada y se lo revistió con superestructuras que comprendieron la creación de elementos culturales, ideológicos y normativos necesarios para sostener una hegemonía.

Entonces, a diferencia del marxismo clásico que generalmente apostó por una estrategia "internacionalista", sin detener tanto su atención al problema de la nación, desde la óptica gramsciana es necesario repensar el lugar de la *nación* para poder no sólo criticar la pretensión hegemónica con la que fue construida sino también para reformarla en una clave "popular"[2]. Y para lograr esto deben tener un rol central los intelectuales *orgánicos*: aquellos con la capacidad de inspirar y servir a un movimiento que altere la correlación de fuerzas en favor de transformaciones. No todos los intelectuales asumen esta vocación de compromiso con un proceso emancipador; por eso el adjetivo que diferencia el hecho de formar parte de algo más grande que le da sentido a la propia tarea.

[2] Con una mirada similar, no basada en el gramscismo sino en el trotskismo, fue la que usó uno de los mayores exponentes de la izquierda nacional argentina, Jorge Abelardo Ramos, para reivindicar la figura de Julio Argentino Roca. Para pensar "lo popular" primero había que afianzar a quienes constituyeron "lo nacional".

Vocación “nacional-popular”, intelectuales orgánicos y un proyecto democrático serían los elementos necesarios, de acuerdo a la lectura que hace Aricó de Gramsci, para llevar adelante una *disputa hegemónica* en un territorio como el latinoamericano:

> (...) los temas gramscianos de la “reforma intelectual y moral”, la “crítica del sentido común”, la hegemonía y la construcción de una “voluntad nacional-popular” proporcionan la materia prima para elaborar una alternativa democrática o una democracia limitada. Aquí la democracia, entendida como la praxis activa de las clases subalternas, surge como algo inseparable del proceso de autoconstitución de los sujetos populares históricos y del socialismo concebido como una ampliación y una profundización del control democrático sobre la existencia social. (Aricó, 1988: 177).

Con estos elementos presentados, bien podemos considerar que, a través de la oleada de gobiernos que tuvieron lugar entre la década del ‘30 y del ‘60/’70, que combinaban un Estado de Bienestar e interventor, con redistribución de la riqueza, hubo una primera disputa hegemónica “nacional-popular” que buscó luchar contra aquella primera construcción “elitista-conservadora”. Hoy, la disputa hegemónica en América Latina se comprendería entre aquellas expresiones políticas que procuran continuar con aquellas reformas de mercado impuestas en las década del 70’ y profundizadas en los 90’, que lograron conformar un poder hegemónico, y aquellas que buscan marcar otro horizonte desde finales de esa década.

Los aportes de Gramsci, en fin, fueron y continúan siendo útiles para interpretar la realidad latinoamericana: posibilitan pensar la política local no desde predeterminaciones sino desde la particularidad misma que asume su conflicto constitutivo en cada escenario histórico.

Disputa hegemónica hoy

Las más de dos décadas transcurridas del siglo XXI permiten evidenciar que en América Latina hubo, por un lado, un proceso de “giro a la izquierda”, principalmente, en Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, y con algunas particularidades en Honduras y Paraguay. Más allá de las claras diferencias entre casos - que abordaremos en otro capítulo - este “giro” se basó en expresiones políticas que promovieron múltiples cambios políticos, sociales, económicos, culturales que, desde posturas que impugnaron al neoliberalismo, buscaron revalorizar el papel del Estado como agente de promoción de transformaciones significativas para los sectores postergados durante las décadas anteriores. Estos movimientos populares buscaron articular un nuevo entramado de alianzas tanto regionales como con otros continentes, para establecer así, una autonomía relativa del poderío de los Estados Unidos,

afianzado en América Latina tras la caída del Muro de Berlín y de la mano del Consenso de Washington.

Al mismo tiempo, por otro lado, hubo otro conjunto de países, pertenecientes principalmente a la costa del Pacífico, que buscaron retomar las políticas impuestas en los 70' y profundizadas en los 90'. Se abocaron a afianzar su alianza con los Estados Unidos, ya sea porque consideraban que sus modelos económicos eran exitosos (o no habían sufrido un colapso catastrófico como en Venezuela, Argentina, Ecuador y Bolivia) y/o porque este vínculo era funcional a reforzar sus estrategias de defensa militar y/o consolidar el financiamiento para conflictos de seguridad interna. Entre estos, Perú, Colombia, Chile (haciendo la salvedad de los gobiernos de la Concertación), y también Paraguay (luego del derrocamiento a Fernando Lugo).

El desgaste, amesetamiento o incluso retroceso de la agencia de aquellas coaliciones políticas del giro a la izquierda, dejó espacio para que las nuevas derechas redoblaran las apuestas en el juego de la disputa por el sentido. En nuestro país, la experiencia del macrismo en la presidencia condensa la búsqueda de empalmar la oposición al kirchnerismo con ciertas subjetividades contemporáneas (emprendedorismo, meritocracia, defensa de libertades de mercado, descreimiento de la clase política); así como Bolsonaro en Brasil se valió del descontento generalizado con las gestiones del PT, el clima mediático de anti-corrupción, la proliferación de credos evangélicos neopentecostales y otras reacciones conservadoras para establecer un gobierno ultraliberal en lo económico y retrógrado en lo social.

Ambas fuerzas políticas, confiando en la "neoliberalización de la subjetividad" (Rosso, 2022, p. 101) trataron de sacar a flote la hegemonía neoliberal que como dijimos, venía de ser desafiada pero no había desaparecido. Cada una a su manera, como ha sucedido también con otros casos, canalizaron energías sociales que ya tenían algunas "trincheras" copadas en propuestas con apariencia "novedosa", *outsider*, cuya sustancia en verdad respondía a las instituciones y actores de los grandes poderes económicos nacionales y globales. Sin embargo, sobre todo en el caso del macrismo, con el tiempo quedó claro que las elecciones ganadas en 2015 y en 2017 no eran sinónimos de que tuvieran una ventaja tan holgada en la correlación de fuerzas, por lo tanto, tampoco eran una nueva hegemonía (Rosso, 2022, p. 118). En el caso brasileño, la liberación de Lula acercó el clima a un "empate", aunque la opinión pública ya no exhiba el clima de polarización de 2014-2018; y su actual carrera por ocupar la presidencia una vez más evidenció que aún posee un fuerte apoyo popular.

Luego del retroceso de la primera oleada de los gobiernos progresistas en los países mencionados como parte del giro a la izquierda, por otra parte, los cambios significativos empezaron a aparecer en el segundo grupo, mayormente nucleado en la Alianza del Pacífico (Chile, Colombia, México y Perú). Llama la atención cómo aquellos en los que la izquierda parecía no poder encontrar ningún lugar, vieron surgir figuras como la de Andrés Manuel López Obrador en México, Pedro Castillo en Perú, Gabriel Boric en Chile y recientemente, Petro en Colombia. No obstante, una vez instalados en el gobierno, como también en el caso de aquellos países en los que volvieron a gobernar fuerzas progresistas (Argentina, Bolivia) demuestran limitaciones para llevar adelante sus proyectos de rearmar su poder, sobre todo el segundo y tercer caso.

Acceder al poder es más sencillo que tener la capacidad para llevar adelante un programa de transformación, que requiere, como hemos afirmado, la capacidad de disputar el sentido y de realizar alianzas estratégicas con los poderes económicos, internos y externos. A ello se le suman las diferencias entre los actores que constituyen las alianzas (partidos políticos de centro, de izquierda, movimientos sociales, grupos antes opositores). Éstas últimas cuestiones son las más complicadas y las que comparten con las fuerzas progresistas que intentan volver a gobernar: después del desgaste sufrido al final de sus gestiones anteriores, con el tratamiento extraordinario de una pandemia como lo fue la de COVID 19, el conjunto de condiciones que rodean a sus coaliciones políticas, a la región y a las economías, son adversas.

El escenario latinoamericano actual involucra esta compleja diversidad: las formas de representación política que pujan por recomponer la matriz hegemónica neoliberal se revelan inestables, los proyectos populares-progresistas que hacen un nuevo intento poseen diferencias internas que amenazan constantemente su solidez y dificultan reelaborar iniciativas en las nuevas condiciones político-económicas. Los nuevos, surgidos como hemos aclarado, en donde anteriormente no había tenido lugar un “giro a la izquierda” comparten similares dificultades pero su raíz es distinta: las expectativas alrededor de sus gestiones son muy altas al suceder a experiencias de ajuste y precarización de la vida y/o a responder a una ciudadanía crítica e intolerante a más incumplimientos. Especialmente, al asumir tras los ciclos de movilización ocurridos entre 2019 y 2021 que dieron vuelta las correlaciones de fuerza.

Como hemos anticipado en la introducción, estos procesos y dinámicas son susceptibles de ser aprehendidos por la mirada gramsciana. La genialidad de sus aportes, sobre todo la noción de una disputa por la hegemonía, es que permiten pensar la construcción política tanto de fuerzas "progresistas" como de las "conservadoras". Cabe aclarar que no quiere decir que sean mera forma sin contenido, ya que hay matices cualitativos a la hora de asignar esos rótulos a cada coalición en la coalición de fuerzas, sobre todo en la obra original. En fin, para analizar los procesos recientes, vamos a presentar tres visiones en esta clave, de la mano de una cuarta que, anclada en el caso argentino, propone elementos extensibles a los demás.

La primera, pertenece al sociólogo, matemático y ex vicepresidente de Bolivia Álvaro García Linera (2008) quien retoma los acontecimientos conocidos como la "Guerra del Agua" y la "Guerra del Gas" que condujeron a la renuncia del presidente Sánchez de Losada y a la elección que llevó a Evo Morales a la presidencia de la mano del M. A. S. Éste es un conglomerado que representa a una cantidad de actores (indígenas, campesinos) que no habían tenido lugar en la política institucional hasta entonces. García Linera sostiene que, pese a haber ganado las elecciones, el gobierno de Morales no logró hegemonizar los ámbitos de la toma de decisiones que hasta entonces habían sido controladas por el neoliberalismo dominante. Este último tampoco puedo imponer sus decisiones debido a la resistencia que ofrecían los sectores populares movilizados.

Dentro de la idea de un *empate hegemónico*, a este escenario García Linera lo denominó con el nombre de *empate catastrófico*, insinuando que no se vislumbra una salida posible (sugerimos, de notable vigencia para el escenario de la Bolivia actual):

> Situación que se caracteriza por la "confrontación de dos proyectos políticos nacionales de país, dos horizontes de país con capacidad de movilización, de atracción y de seducción de fuerzas sociales; confrontación en el ámbito institucional –puede ser en el ámbito parlamentario y también en el social– de dos bloques sociales conformados con voluntad y ambición de poder, el bloque dominante y el social ascendente; y, en tercer lugar, una parálisis del mando estatal y la irresolución de la parálisis (García Linera, 2008: 26).

La segunda reflexión, más crítica que la anterior (pero que representa escenarios más habituales y menos "trágicos"), le pertenece al sociólogo mexicano Massimo Madonessi (2012), quien recupera la noción de *revoluciones pasivas* para dar cuenta de los procesos progresistas del siglo XXI. Para Gramsci la "revolución pasiva" sería aquel proceso que aparenta ser transformador, pero en la práctica es regresivo para los sectores subalternos. Utiliza esta noción para pensar el devenir del Resurgimiento italiano, la Revolución francesa,

el New Deal y el fascismo. Es una reversión del concepto de "cesarismo" que Marx utiliza en el *18 Brumario*, al que le agrega la noción de cesarismo *transformador*.

Madonessi se vale del concepto de "revolución pasiva" para describir los procesos del giro a la izquierda, señalando que en dichos casos, las masas populares se manifestaron e involucraron de forma esporádica e inorgánica, sin la capacidad propia para sostener exclusivamente "desde las bases" un proyecto revolucionario . En el inicio de estos procesos hubo acciones políticas impulsadas "desde abajo" pero que a la larga fueron insuficientes por sí solas y se diluyeron en las instituciones políticas formales. En este sentido, sólo fueron capaces de esbozar un movimiento que al principio resultó amenazante, pero que a la larga, no puso en discusión la totalidad del orden jerárquico. En otras palabras, una revolución pasiva ataja una crisis orgánica, previene un empate catastrófico, y garantiza, al menos por un tiempo, la dominación y dirección por parte de un grupo − el consenso.

Fernando Rosso (2022) en su reciente libro *La hegemonía imposible*, se dedica centralmente al caso argentino, y al llegar al punto de la decadencia de este ciclo que estamos tratando, realiza un balance en clave similar. Se pregunta: "¿la responsabilidad de sus crisis residió en haber sido "demasiado radicales" o "excesivamente cautelosos"? (p. 132). O sea: ¿hubo más componentes revolucionarios o pasivos? El hecho de que procesos como éste, con sus éxitos y sus contradicciones, hayan luego derivado en las experiencias del "giro a la derecha", puede ser parcialmente explicado por su sentencia de que la hegemonía existe aunque haya cambiado sus mecanismos (p. 100), por lo que si la neoliberal no se desintegró con las revoluciones pasivas, es porque se fue adaptando. Por ejemplo, cuando mencionábamos las estrategias de esas nuevas derechas, que procuraron moldear la subjetividad de sus votantes y luego gobernados, en contra de la identificación y acción en un nivel colectivo, en favor de concebirse cada uno primero como individuo consumidor (p.101).

Ya que hemos presentado al autor, cabe destacar que si bien utiliza el mismo aparato conceptual que hemos compartido acá, por lo cual recuperaremos varias apreciaciones, su aplicación llega a otras conclusiones. Es interesante cómo en su crítica a la era macrista, detecta elementos que delatan el fracaso en las pretensiones hegemónicas que pueden extrapolarse a otros ensayos neoliberales de la región. Éstos incluyen, la astucia para ganar elecciones que resulta insuficiente para gobernar después, y, en la línea con la advertencia de Gramsci de no confundir lo orgánico y lo ocasional, "la relativa autonomía de la política no se tradujo (y no podía traducirse) en independencia absoluta del relato" − lo necesitaron para

legitimar sus políticas de ajuste − y la creencia de que "la economía determina *en última instancia*" hizo que se subestimara su poder condicionante.(p. 119).

Las *crisis catastróficas*, según Rosso (2022, p. 119), colaboran a derribar un consenso y establecer uno nuevo. Explica que Carlos S. Menem sí lo había tenido con la hiperinflación al final del mandato de Alfonsín, lo que allanó el terreno para que se ensayara un nuevo modelo de sociedad en todos los aspectos; al igual que para Néstor Kirchner que asume el gobierno después de la crisis total del 2001, con la disposición de la ciudadanía a confiar en un proyecto de reivindicación de un Estado presente, con inclusión social e incorporación de las demandas de los movimientos sociales. Como puede verse, "hegemonía implica la «articulación de un bloque histórico en torno a una clase dirigente y no la simple adición no diferenciada de la categoría de descontento..» (cita a Bensaid, D. en Rosso, 2022; p. 120).

Por último, presentamos la mirada de Martín Cortés (2017), investigador de esta casa y especialista en la obra de Aricó, quien reconstruye cómo los aportes de Gramsci sirven para comprender los procesos latinoamericanos contemporáneos a partir de la construcción de un sujeto "nacional-popular". Éste tiene la necesidad de inscribirse en un marco histórico, entendido como articulación de diferentes momentos de resistencia y lucha política. En algún momento, requiere que se enfatice la necesidad de establecer un momento *jacobino* que produzca unidad política y que, de ese modo, contribuya a la construcción de dicha historia.

Ahora bien, el mismo autor también describe que muchas de estas potencialidades fueron limitadas por la *traducción estatal* de la efervescente movilización social (Cortés, 2017). Rosso (2022, p. 92) justamente cita estos argumentos de Cortés para definir a los gobiernos progresistas: aquellos que lograron traducir en materia estatal la energía social empleada como resistencia al modelo neoliberal que lo había hecho entrar en crisis. Dice que "algo se pierde y algo se transforma". La cuestión aparece porque la unidad política necesaria para edificar un nuevo bloque histórico, requiere que un sujeto nacional-popular, de la mano de un "Príncipe moderno", se consolide en alguna forma institucional que haga trascender ese momento jacobino. Allí está el desafío.

Esta última perspectiva cobra especial importancia si tenemos en cuenta algunos casos más recientes. Desde el 2019 en adelante, gran parte de la atención sobre los procesos políticos latinoamericanos se han dirigido a esos países que hemos nombrado como un grupo que no ha experimentado un "giro a la izquierda". En contextos sociopolíticos caracterizados por la desigualdad y desconexión entre gobierno y ciudadanía, han irrumpido manifestaciones

masivas en el espacio público tras anuncios de medidas antipopulares. Algunas de las derivas de esas experiencias, más allá de la apertura institucional o no a escucharlas, es la reorganización del campo popular y el surgimiento de candidaturas aglutinadoras de la diversidad de voces manifestantes. Concretamente, triunfos como el de Gabriel Boric, en Chile, o de Gustavo Petro, en Colombia, invitan a que, más adelante, exista una lectura de esos ciclos como "momentos jacobinos" o al menos, se los interprete como parte de una historia común, en términos de voluntad nacional-popular.

En Chile, el país que había sido el "laboratorio" del neoliberalismo y citado como ejemplo de estabilidad en la región, un aumento en el boleto del transporte público inició un movimiento juvenil de protestas en octubre de 2019 que se extendió a mayores sectores ciudadanos y puso en marcha una salida institucional. Emprendió una vía constituyente en la que resaltó la candidatura de figuras independientes y/o jóvenes, más la asunción reciente a la presidencia de Boric, representante del campo progresista. Por su parte, Colombia, que enfrenta décadas de violencia política y proyectos elitistas, es otro de los países que experimentaron movilizaciones de ese tipo y magnitud, cuyo desenlace es aún incierto. En abril de 2021, el anuncio de una reforma tributaria sobrepasó cualquier nivel de tolerancia de la población que, golpeada por la crisis ya existente, agravada por la pandemia, estuvo más de un mes protestando y siendo reprimida en las calles. Esos hechos violentos e intentos de negociación, su difusión en redes sociales, remiten a problemas sostenidos en la representación y participación de aquella en el régimen político. Es en ese sentido que la presencia pública de esos mismos excluidos puede hablar de un viraje.

Esta "segunda ola" de progresismos latinoamericanos incluye también a los casos que no surgen de un ciclo de movilización. Según García Linera (citado por Rosso, 2022, p. 145-146) éste "resulta de una concurrencia electoral de defensa de derechos agraviados o conculcados por el neoliberalismo enfurecido; no de una voluntad colectiva de ampliarlos, por ahora." Los casos de Chile y Colombia responden mejor a ese segunda proposición, mientras que el triunfo de la fórmula Alberto Férnandez-Cristina Fernández de Kirchner en 2019 es un claro ejemplo de lo primero; la intención de voto de Lula en Brasil también. Al contrario de Chile, Colombia, Perú, Ecuador, es como si los sectores populares se volcaran a la estrategia sufragista, más que manifestante. Dice García Linera que mucho de lo carismático de los liderazgos ahora da lugar a lo "administrativo"; o sea, no a transformar la institucionalidad sino mejorar la gestión de la existente.

A la luz de estos nuevos ejemplos, todavía en curso, podemos recuperar la oleada de gobiernos progresistas que ya hemos analizado y remarcar que, en su momento, tuvieron una dirección que superó la instancia "negativa" o de denuncia del orden, por un proyecto "afirmativo" o constructivo colectivo. En términos de Gramsci, lo que tuvo en común ese ciclo fue el intento de "devenir Estado", gracias a instancias de articulación entre movimientos sociales y figuras políticas. Más que la pérdida de la radicalidad, rescata el valor de la "unidad" para construir una voluntad "nacional-popular".

Antes de concluir, todavía queda esclarecer si estos vaivenes a la izquierda y a la derecha del espectro político nos habilitan a nombrar la dinámica de la política latinoamericana como un *empate hegemónico*. Dos cuestiones al respecto (en una coincidimos con Rosso y en la otra no): una, es cierto que no dejó de existir en todo este tiempo una "hegemonía" neoliberal, porque el consenso con sus postulados ha moldeado parte de la subjetividad y condicionado la estructura económica y social. Ésta igual se halla en crisis, porque las contradicciones e injusticias que genera no pasan desapercibidos a la ciudadanía.

Dos: Rosso (2022) sostiene que, con este telón de fondo a nivel regional, Argentina es "el país del empate": casi de carácter *catastrófico* (aquel concepto de García Linera), ninguna de las dos grandes coaliciones políticas con mayores intenciones de voto pueden imponer de una vez por todas su poder y desde allí su proyecto nacional a corto, mediano y largo plazo. Nuestra postura es que en un sentido electoral, cuantitativo, puede ser que los últimos ciclos políticos parezcan un empate, pero no en términos de hegemonía. Es decir, sería un empate y uno *catastrófico* si efectivamente dos fracciones de la clase dominante tuvieran igual capacidad de dirección y dominación, imposibilidad de imponerse la una sobre la otra y derivaran en una parálisis del mando (por el poder de veto a las decisiones de una y otra).

En otras palabras, las causas de ese escenario que produce una imagen de "equilibrio en la correlación de fuerzas" porque vienen alternando victorias electorales o cámaras legislativas repartidas, son en todo caso, inmediatas, coyunturales, se comprenden dentro del contexto reciente. No hay tal empate en un sentido orgánico: si intentamos dilucidar las causales mediatas, indirectas, estructurales, tenemos que redireccionar la mirada hacia el estado de la disputa por la dirigencia total de la sociedad. Y allí la idea de un empate, es más compleja de afirmar.

Creemos que si extendemos esta tesis al resto del continente, tampoco es posible afirmar un empate: es más bien una disputa constante de los sectores subalternos en la que lo que cambia es, momentáneamente, la ventaja o desventaja en la correlación de fuerzas.

Conclusiones

En este artículo hemos presentado y ejemplificado con casos históricos sus principales conceptos; a saber: hegemonía, bloque histórico, príncipe moderno, cuestión meridional, voluntad nacional-popular, etc. Además, cotejamos distintos análisis surgidos de la aplicación de esas nociones y las derivadas de ellas. Cabe destacar el valor explicativo que asumieron cada una en las nuevas coyunturas que se fueron delineando en la historia reciente.

En los últimos 30 años América Latina fue testigo de diferentes ensayos de reformas estructurales con su correlato en el plano ideológico, evidenciando la pugna entre dos direcciones políticas y culturales de la sociedad, entre dos tipos de proyectos con capacidad de interpelación a la ciudadanía que se gestan, nutren y cristalizan en las "trincheras" de esa batalla. La perspectiva de la disputa hegemónica es pertinente para poder aprehender esa lógica a lo largo del proceso histórico, desde la implementación del neoliberalismo, pasando por la contrahegemonía de voluntad "nacional-popular", hasta el ciclo presente y abierto.

A pesar de algunos autores hablen de "tiempos pós-hegemónicos" (Rosso, p. 100, citando a Besley Murray, J. 2010) o incluso de que el término perdió capacidad explicativa por los cambios en las relaciones sociales y la disolución de muchas nociones de la vida colectiva cuando se compara con el momento en que fue elaborado, creemos que seguir analizando desde este andamiaje conceptual permite aprehender a nivel general, regional, transversal estos procesos descritos.

Desde ya que esta mirada no contradice otros enfoques que puedan hacerse desde la ciencia política, sino que los complementa e inspira a un análisis situado y en ese sentido, comprometido. Los diferentes aportes gramscianos y latinoamericanos que hemos presentado y ejemplificado, permiten tanto criticar como rescatar los procesos recientes, siendo justos con las condiciones políticas de la región. Desde ahí, podemos enunciar en forma de pregunta, en cada coyuntura, el carácter y estado de la disputa hegemónica.

Bibliografía

Anderson, Perry, *Consideraciones del marxismo occidental*, México D. F., Siglo XXI, 1976.

Aricó, José María, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Punto Sur Ediciones, 1988.

Cortés, Martín, "Gramsci contemporáneo : ecos de la voluntad nacional-popular en América Latina", *Las Torres de Lucca* Nº 11 Julio-Diciembre: 73-96, Universidad Complutense de Madrid, 2017.

García Linera, Álvaro, "Empate catastrófico y punto de bifurcación, en *Crítica y emancipación: Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año 1, no. 1 (jun. 2008-). Buenos Aires : CLACSO, 2008.

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Ediciones críticas del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana. Universidad Autónoma de Puebla, 1977.

Madonessi, Massimo, "Revoluciones pasivas en América Latina Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio del siglo", en *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas* (Thwaites Rey, Mabel comp.), Buenos Aires, CLACSO, 2012.

Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Ediciones folios, 1977.

Rosso, Fernando, "La hegemonía imposible" Capital Intelectual, 2022.

Conceptos/ideas en "La hegemonía imposible" de Fernando ROSSO

p. 92 - *LA TRADUCCIÓN ESTATAL*

"La *traducción estatal* del 2001 limitó y en gran parte negó sus potencialidades. El politólogo Martín Cortés escribió que *los gobiernos progresistas constituyeron la traducción en materia estatal de la energía social que se empleó como resistencia al modelo neoliberal y lo que lo hizo entrar en crisis. Retengamos el concepto de traducción, que es clave: en este pasaje, de manera inevitable, algo se pierde y algo se transforma. Pues la expresión de las luchas del Estado jamás resulta transparente [...] Esa expresión se produce siempre bajo la forma de refracción. Aquella energía social, al expresarse en el seno del estado, se transforma en materia estatal*."

p. 100 - *¿TIEMPOS PÓS HEGEMÓNICOS?*

"La hegemonía no existe, ni nunca ha existido. Vivimos en tiempos pós hegemónicos y cínicos; nadie parece estar demasiado convencido por ideologías que alguna vez parecieron fundamentales para asegurar el orden social ". (John Besley Murray, 2010).

p. 100-101

“Con las unilateralidades que contiene la teorización (porque la hegemonía existe aunque hayan cambiado sus mecanismos) buscó moldear desde el Estado la subjetividad de sus gobernados de forma tal que abandonasen crecientemente cualquier identificación colectiva (no tan solo como clase, ni siquiera como pueblo) y cualquier acción conflictiva encarada colectivamente. El sujeto de su discurso no fue la clase ni el pueblo, ni la multitud; fue una suma de individuos, ante todo consumidores dedicados a la vida privada, en una recomposición "no confrontativa" de los hábitos y de los afectos. Con un componente "pos hegemónico" muy presente en el macrismo: el cinismo, o mejor dicho la apuesta por el cinismo.

p- 114-115 - ¿Nueva hegemonía?

“Gramsci amplió u uso para pensar también cómo domina la clase dominante, sin dejar de diferenciar las distintas anatomías de la hegemonía de acuerdo a quién ejerza el liderazgo. En el giro post marxista, la noción fue despojada de su materialidad para convertirla en pura forma y en no pocas ocasiones fue aplicada a cualquier titulación en la que ¬ orgánica o coyunturalmente¬ tenga predominancia algún actor.

Un uso y costumbre refiere al *espíritu de época* o la ideología que predomina en un momento histórico. Se ha utilizado para designar al consenso ideológico neoliberal, que es hegemónico en el mundo aunque está en crisis desde hace por lo menos dos décadas. [...]

“neoliberalización de la subjetividad” - resultado de un cambio en las relaciones sociales (cita a José Natanson)

p-117: “se puede aceptar que existió en todo este tiempo una “hegemonía” neoliberal o un consenso dominante con sus postulados. Siempre que no se cometa el error de unilateralizar ese elemento y darle un valor sin límites, por dos razones: porque el momento de apogeo ya pasó y desde hace varias décadas está en crisis, y porque el capitalismo no puede llevar ninguna de sus tendencias hasta el final. **Si bien moldeo hasta cierto punto aspectos de la subjetividad, esto no es sinónimo de que el pueblo se haya quedado sin atributos o haya parido un nuevo sujeto**.”

P 118: el macrismo

“El macrismo pretendió interpelar y emplamar con ciertas formas de subjetividad contemporánea y una ideología que ¬ aunque en crisis¬ era predominante o “hegemónica” a nivel internacional. Sin embargo, tomada en un sentido más estricto en la **configuración de fuerzas en el país** y desde una perspectiva nacional, estuvo **lejos de lograr instituir una nueva hegemonía.**

p. 118: Frase Gramsci sobre la **relación entre lo orgánico y lo ocasional, causas mediatas e inmediatas y las confusiones entre estas (economismo e ideologismo).**

La construcción de hegemonía tiene lugar cuando una clase dominante (o fracción de clase) se torna dirigente y es capaz de alcanzar la combinación “virtuosa” de dirección y dominación. (p 118-119)

P. 119: elementos mencionados para una hegemonía

“**La astucia para ganar elecciones no configuraba necesariamente una hegemonía**. La relativa autonomía de la política no se tradujo (y no podía traducirse) en independencia absoluta del relato y que la economía determine “en última instancia” no quiere decir que desaparezca como condicionante.

p.119: la ausencia de **crisis catastrófica** al final del kirchnerismo impidió instaurar un nuevo consenso sobre una nueva hegemonía. Menem sí lo tuvo con la hiperinflación al final del mandato de Alfonsín y Néstor con el 2001.

p. 120: cita a Daniel Bensaid. Hegemonía implica la “articulación de un bloque histórico en torno a una clase dirigente y **no la simple adición no diferenciada de la categoría de descontento..”**

p. 132: sobre el balance de la primera ola de gobiernos progresistas

“¿La responsabilidad de sus crisis residió en haber sido “demasiado radicales” o “excesivamente cautelosos”?

145-146: cita de Linera sobre esta segunda ola de progresismos latinoamericanos

Estas nuevas victorias electorales no son frutos de grandes movilizaciones sociales catárticas que, por su sola presencia, habilitan un espacio cultural creativo y expansivo de expectativas transformadores sobre las que puede navegar el decisionismo gubernamental. El nuevo progresismo resulta de una concurrencia electoral de dedensa

de derechos agraviados o conculcuados por el neoliberalismo enfurecido; no de una voluntad colectiva de ampliarlos, por ahroa. Es lo nacional-popular en su fase pasiva o descendente.

es como si los sectores populares dejaran de momento la acción colectiva como gran construtor de reformas… menos en los países donde no hay gobienros progresitas (colombia, chile, brasil)...

nuevo progresismo: liderazgos administrativos + gestionar de mejor forma las instuticones ya existentes.

no son carismáticos como la primera ola. Práctica moderada y agonista de la plítica.

<u>p 148: LA CORRELACIÓN DE FUERZAS</u>

La cuestión del EMPATE HEGEMÓNICO - Rosso sob Argentina pero y America Latina?

¿ES ARGENTINA EL PAÍS DEL EMPATE? - EMPATE EN SENTIDO ELECTORAL, PERO HEGEMÓNICO NO.